

DISCORDIA EN TORNO AL CONGO

Durante los últimos meses, el problema congoleño ha tomado un definido sesgo de complicación internacional en el ámbito específicamente africano. Ciertamente es que desde 1960 la presencia de las fuerzas internacionales de la O. N. U. y las querellas que la situación del Congo suscitó en el Organismo mundial demostraban que la índole del conflicto excedía de un asunto doméstico. Como en otras ocasiones, las Naciones Unidas fracasaron en su propósito de pacificar el turbulento país, y a la retirada de sus contingentes el Congo se hallaba en una situación caótica por el estallido de una rebelión organizada desde el exterior. Esa extensa rebeldía ha implicado el enfrentamiento de Leopoldville con otros Estados africanos partidarios de los insurrectos.

Cuando, el 1 de julio, el presidente Kasavubu confería a Moise Tshombe el encargo de formar nuevo Gobierno, la situación interna había llegado al borde del desastre. El desorden que fué característico del Gobierno Adula se había acentuado durante los seis últimos meses de su mandato. Las potencias comunistas habían venido desplegando una activa labor de propaganda encaminada a fomentar la subversión. El 20 de noviembre del pasado año, dos miembros de la Embajada soviética habían sido detenidos por la Policía al ser hallados en su poder documentos que probaban sus actividades insurreccionales. Según las informaciones oficiales, la Embajada cooperaba con la oposición y mantenía estrecho contacto con el llamado "Gobierno en el exilio", constituido por partidarios de la tendencia lumumbista, instalado en Brazzaville. Entre ese "Gobierno" y los diplomáticos soviéticos, según demostraban los documentos incautados, se había llegado a acuerdos de financiamiento de un golpe de Estado que debía derribar el régimen de Adula.

El arresto de los diplomáticos provocó una inmediata gestión del se-

cretario general de la O. N. U. en favor de los detenidos. Pero las consecuencias del complot soviético se advirtieron inmediatamente al aparecer numerosas bandas armadas que impusieron el terror a través del Congo, y cuyos dirigentes demostraban en su acción que habían sido cuidadosamente entrenados en la guerra de guerrillas. Desde el 21 de enero la provincia de Kwilu quedaba en poder de los insurgentes mandados por Pierre Mulele. Los rebeldes verificaban todo género de desmanes: aldeas incendiadas, misioneros y nativos asesinados. El 29 de enero, Stanleyville era teatro de graves acontecimientos. Se demostraba claramente que desde el exterior se había organizado el levantamiento y que los rebeldes habían sido aprovisionados de armas en abundancia. Recordemos que el 17 de enero, armas de fabricación soviética y checoslovaca habían sido confiscadas en Leopoldville por agentes de la Policía congoleña en una embarcación fluvial procedente de Brazzaville. Evidentemente, éste no fué el único cargamento filtrado clandestinamente por el "Comité Nacional de Liberación" instalado en la capital del antiguo Congo francés. Los rebeldes que capturaron Idiofa, a finales de dicho mes, demostraron poseer abundante armamento moderno, aunque una gran parte de los efectivos combatiesen con las armas tradicionales: arcos y flechas. Pero la amplia subversión que estalló en el Congo no puede ser achacada exclusivamente a la Unión Soviética. La China Popular ha contribuído también en alto grado a estimular y aprovisionar a los "Ejércitos" rebeldes. El entonces ministro de Desarrollo, Cleophas Kamitatu, declaraba el 12 de febrero que la revuelta de Kwilu había sido "fabricada por China". Pierre Mulele, efectivamente, a la caída del régimen de Gizenga, se había refugiado en Pekín y allí había permanecido hasta mediados de 1963. En el Congo, como en la mayoría de los países asiáticos y africanos, se desplegaba también una evidente rivalidad chino-soviética para extender su influencia.

La rebelión ganó terreno gradualmente. Extensos sectores de las provincias de Kivu y Ecuador se hallaban controlados por los Ejércitos insurgentes. Gungu, Uvira, etc., eran ocupadas sucesivamente. El 28 de mayo tomaban Albertville tras sangrientos combates que hicieron que la ciudad cambiase de manos media docena de veces. El 2 de junio el Ejército Nacional congoleño abandonaba Bukavu. Mennen Williams había declarado a su regreso a Washington, tras de una visita a Leopoldville, que la evacuación de las tropas de la O. N. U. no inquietaba al Gobierno congolés, que poseía medios suficientes para mantener la paz. Pero lo cierto es que la

salida de los contingentes de las fuerzas internacionales, en junio, señaló el recrudecimiento de la rebelión, que fué extendiéndose por todo el país. Al Ejército Nacional sólo le quedaban cinco aviones de entrenamiento. La mayoría de sus efectivos estaban acuartelados sin disponer de vehículos para ser trasladados a la línea de frente. Su jefe, el general Mobutu, se negaba a enviar las tropas por ferrocarril con su equipo pesado. "En la guerra moderna—declaraba—los soldados se llevan al frente por avión."

Junto a este gravísimo problema militar, el Gobierno Adula tenía que enfrentarse al caos económico. Los hechos habían demostrado que el fin de la secesión de Katanga no había aportado la soñada prosperidad económica al resto de la República. Seguían vigentes todos los grandes problemas. Entre ellos el de la inseguridad personal. Los periódicos congoleños denunciaban acremente la degradación de las costumbres, consecuencia del paro, de la superpoblación de los grandes centros urbanos y de otros elementos que en pocos años han modificado totalmente el ritmo de las ciudades. "Mujeres y muchachas son raptadas en las aldeas—clamaba un importante rotativo—. Un gran desorden nos rompe los riñones, de tal modo que en el comienzo de una nueva era parecemos "fines de raza". Es espantoso." La inseguridad personal—como lo prueba el asesinato del presidente de Katanga del Norte, Jason Sendwe, y del vicepresidente, Fortunat Kabangi, el 27 de junio último—, motivaba un fuerte éxodo de europeos que laboraban por la prosperidad del país.

La situación se hacía desesperada. El 25 de junio, el ministro de Trabajo, Nguvulu, declaraba públicamente que el Congo necesitaba un nuevo régimen para salir de su desorganización. Se comprobaba el fracaso de Adula y se imponía una fórmula de reconciliación nacional. El 30 de junio Adula presentaba su dimisión como jefe del Gobierno, que el presidente Kasavubu aceptaba inmediatamente. Moise Tshombe, que había regresado el 26 de junio a Leopoldville, tras la amnistía, y que, como presidente de Katanga, había demostrado ser uno de los más destacados estadistas del Africa actual, era encargado por el presidente de la República de formar nuevo Gobierno.

* * *

Tshombe, al iniciar su mandato, se encontraba con un trágico panorama. Los Ejércitos de Pierre Mulele, Gaston Sumialot y el coronel Pakassa controlaban extensas regiones y disfrutaban de eficaz ayuda exterior. Al

propio tiempo, los antagonismos personales entre los dirigentes congolese hacían difícil toda gestión unificadora. Tshombe fundaba su misión en la reconciliación entre los dirigentes políticos. Tratando de crear un clima de confianza ordenó la liberación de Gizenga y todos los presos políticos, y asoció a Kalonji a las tareas gubernamentales, nombrándole ministro de Agricultura. Sus declaraciones eran significativas: "Somos partidarios de la unión nacional, nos oponemos a la guerra y reclamamos la detención de las operaciones militares contra las poblaciones."

Los obstáculos que tuvo que vencer Tshombe para constituir su Gabinete expresan elocuentemente las profundas divergencias internas, producto de la multiplicidad de los partidos políticos y de las facciones. El C. D. A. (Comité Demócrata Africano) y el C. N. L. (Comité Nacional de Liberación) obstruyeron sus tentativas. Tras once horas de lucha parlamentaria, Tshombe lograba derrotar a la oposición y presentaba, el 8 de julio, al presidente de la República la lista del nuevo Gobierno. "Hubo dificultades hasta el último momento—dijo—. Algunos miembros trataron por todos los medios de impedir la formación de mi Gobierno, con el propósito de volver ellos mismos al Poder. Pero el presidente deseaba un equipo de hombres completamente nuevos y mi lista incluye a esos hombres. No hay ninguno que haya pertenecido a ningún Gobierno central anterior." Moise Tshombe quedaba como primer ministro y se reservaba las carteras de Asuntos Extranjeros, del Plan, del Comercio Exterior y de Información¹.

Aparte de la oposición interior, se desencadenaba contra Tshombe una acción concertada internacional. El 11 de julio, el presidente argelino, Ahmed Ben Bella, decidía enviar emisarios a diversos países africanos para solicitar que negasen su apoyo al Gobierno de Leopoldville. Esta acción motivaba una justificada queja de Tshombe: "La actitud del Gobierno argelino es inadmisibile—declaraba—. Es una injerencia muy manifiesta en los asuntos interiores del Congo. No podemos admitir que un país africano que se dice hermano se entrometa en nuestros asuntos para desacreditar al Congo en la esfera internacional." Esa actitud hostil no era exclusiva de Arge-

¹ Los restantes ministros eran: Munongo (Interior), Ndinga (Hacienda), Manbuteo (Justicia), Ebosiri (Economía), Kalonji (Agricultura), Kidicho (Obras Públicas y Transportes), Balonji (Educación), Lubaya (Sanidad) Mdanu (Juventud y Deportes) y Kishwe (Minas). Algunos de estos nombres suscitaron oposición en ciertos medios, como el de Munongo, que había sido ministro provincial katangués, y Andre Lubaya, emisario del Comité Nacional de Liberación.

lia. Por esos días se observaba una actitud discriminatoria en la Conferencia de la O. U. A. que se disponía a iniciar sus reuniones en El Cairo. El día 14, Hassan II de Marruecos anunciaba que no concurriría a la Conferencia si Tshombe participaba en ella. El presidente de Ghana, Nkrumah, manifestó su repulsa a Tshombe en palabras casi idénticas a las del soberano marroquí, diciendo que no podía sentarse a la misma mesa que el jefe del Gobierno de Leopoldville. Tan significativa oposición fué la causa de que la Conferencia acordase el envío de un telegrama a Kasavubu pidiéndole que no enviase a Tshombe a la cumbre africana. Acto sin precedentes éste mediante el cual una Organización internacional impone a un país miembro el nombre de quién ha de representarlo. Al día siguiente, un comunicado oficial de Leopoldville afirmaba que ni Kasavubu ni Tshombe asistirían a las reuniones de El Cairo. “El Congo siempre ha dado su aprobación a la unidad africana y respetado la soberanía de los demás Estados africanos—decía—y en cambio nunca se ha tomado la libertad de interferirse en los asuntos internos de ningún otro país hermano.”

La cuestión más urgente para Tshombe, la que no puede diferirse, es terminar con la rebelión. Ninguna tarea gubernamental de vasto alcance puede ejecutarse mientras el país se destroce cotidianamente en combates fratricidas. El primer ministro había buscado el apoyo de Gizenga pensando que el prestigio del antiguo jefe del Gobierno de Stanleyville—que había sido reconocido como “legítimo” del Congo por las potencias comunistas y gran número de países africanos, precisamente los que con mayor fuerza dejan oír su voz en las Asambleas internacionales—serviría para pacificar aquella neurálgica región. Pero, en el período que Gizenga estuvo detenido, Pierre Mulele se había proclamado “heredero espiritual de Lumumba” y se había erigido en árbitro de la situación. No quedaba sino el recuerdo al contacto directo con los jefes de la rebelión y, demostrando una increíble audacia, Tshombe no dudó en trasladarse a Bujumbura, donde celebró, el 23 de julio, conversaciones con los representantes de Sumialot. “No podemos hacer del Congo un gran país—declaró—si las poblaciones continúan matándose entre sí.” Pese a sus esfuerzos conciliatorios, las negociaciones quedaron rotas, sin llegar a un acuerdo, y los insurrectos reanudaron el avance, copando la “carretera del cobre”, llegando a 48 kilómetros de Kwamuth, ciudad situada a 150 kilómetros de Leopoldville.

La rebelión congoleña no puede considerarse, en modo alguno, como un asunto interno del Congo, puesto que otros países intervienen directamente

en su desarrollo. El 1 de agosto, un comunicado de Leopoldville anunciaba que a los rebeldes del coronel Pakassa—el autor del descuartizamiento de los aviadores italianos—se les había capturado en Bolobo abundante documentación que demostraba “la complicidad de algunos países hermanos, especialmente el Congo ex francés y Burundi, en la acción nefasta que llevan a cabo las bandas terroristas”. Se sabía que a través de Burundi recibían los insurgentes copiosas cantidades de armamento y que el Gobierno de ese país ha puesto a disposición de Sumialot la emisora de Radio Bujumbura para que difundan su propaganda. Por su parte, el Gobierno de Brazzaville, aparte de permitir libremente el abastecimiento de material bélico, había cedido a las bandas rebeldes el campo de entrenamiento de Gambona. La República de Mali había puesto a disposición de los insurgentes campos de entrenamiento. En Argelia los rebeldes disponen del campamento de Beni Badel para su adiestramiento militar en la guerra subversiva. Allí se entrenan permanentemente contingentes de cien hombres. La mayoría de las naciones que habían reconocido al Gobierno de Stanleyville ayudan económicamente a la rebelión. La Embajada de la China Popular en Bujumbura (Burundi) había sido la encargada de promover la revuelta congoleña suministrando apoyo financiero y armamento. Las declaraciones del diplomático chino Tung Chi-ping—que abandonó su puesto de agregado cultural en dicha Embajada el 26 de mayo, solicitando asilo político en los Estados Unidos—revelaron los detalles de este gigantesco complot.

La ayuda de Burundi a los rebeldes fué oficialmente comunicada por Leopoldville el 8 de agosto, y el día 10 unos trescientos jóvenes congoleños asaltaban la Embajada de Burundi en la capital, saqueándola e incendiándola. Se decretaba la expulsión de los súbditos del Congo ex francés, Burundi y Mali como medida de represalia y precaución. La tensión mutua se acrecentó notablemente cuando, el día 15, el presidente Massemba-Debat denunciaba que había descubierto un alijo de armas enviado por Leopoldville para realizar un golpe de Estado contra su régimen. Simultáneamente, Pierre Mpozenzi, ministro del Interior de Burundi, anunciaba que las fronteras de su país quedaban cerradas a los súbditos de todos los países que ayudasen a Tshombe. El presidente de la República Centroafricana, David Dacko, difundía un comunicado radiado expresando su “inquietud por la decisión tomada por Moise Tshombe de expulsar a los súbditos de Brazzaville”.

Con sus fobias, Africa aumenta sus propias dificultades hasta un punto

difícil de superar. Cuando el Congo, que se está exterminando a sí mismo, encuentra un estadista de la talla de Tshombe, dispuesto a levantarlo de su postración, otros Estados africanos—sirviendo tal vez inconscientemente los designios de Pekín de transformar Africa en un Continente vacío donde colocar sus fabulosos excedentes demográficos—obstaculizan su labor y preparan el fracaso. Pocos son los que apoyan al actual jefe del Gobierno. Uno de ellos es el presidente malgache, Tsiranana, que declaraba en París, el 11 de agosto, que “es necesario ayudar a Tshombe, cuya vuelta pidió el pueblo congoleño y que representa al Gobierno legal del Congo”. Tshombe, demostrando su lealtad a la causa africana, solicitaba, el 17 de agosto, contingentes militares a cinco países continentales—Nigeria, Etiopía, Senegal, Liberia y Madagascar—para ayudarle a restablecer la paz. Pero esos países han contestado que no pueden acceder a su petición sin el consentimiento de la O. U. A.

El 5 de agosto, los rebeldes entraban en Stanleyville. La situación adquiriría la máxima gravedad porque la mitad del territorio nacional quedaba bajo el mando de los elementos hostiles al Gobierno central. Por otra parte, se sabía que si los insurgentes creaban un Gobierno y declaraban su secesión del resto del país, obtendrían el reconocimiento de las capitales que antaño respaldaron a Gizenga. Quienes tanto habían vociferado contra la secesión katanguesa, estimulaban ahora una secesión en mayor escala. Tshombe solicitó, entonces, como recurso supremo para salvar la integridad nacional, la ayuda militar de Bruselas y Washington y, el 11 de agosto, ambos países se ponían de acuerdo sobre las modalidades de dicha ayuda como resultado de las conversaciones celebradas por el subsecretario de Estado, Averell Harriman, en Bruselas. Inmediatamente, cuatro aparatos “C-130” de transporte despegaron de la base de Pope (Carolina del Norte) con destino a Leopoldville. Otros aviones de caza “T-28” salieron posteriormente. Los Estados Unidos que, con su equivocada política, habían contribuido a extender el desorden, respondían positiva, aunque tímidamente, a la petición de ayuda para la pacificación. Su gesto despertaba las iras de los cabecillas rebeldes. El general Olenga ordenaba la evacuación de Stanleyville del personal del Consulado americano por la “actitud hostil de los militares norteamericanos contra el Ejército popular”. El subsecretario, Mennen Williams, llegaba, el 14 de agosto, a Leopoldville para estudiar la situación. Respondiendo a las demandas que le fueron formuladas, tres avio-

nes de reconocimiento "B-26", de gran radio de acción, llegaban al aeropuerto de Njili el día 19.

La realidad demostraba que una ayuda limitada, como la que Washington estaba dispuesto a conceder, no resolvería el problema. Si los Estados Unidos habían concedido algunos aviones al Gobierno central, la U. R. S. S. enviaba, el 18 de agosto, aviones "Illyuchin" de transporte y cazas "Mig" a las tropas de Sumialot. En el Congo, como en el resto del mundo, está planteado el enfrentamiento Este-Oeste y los países comunistas saben que si la rebelión triunfa en el Congo, toda Africa puede caer fácilmente en sus manos. El *Diario del Pueblo* de Pekín acusaba a los Estados Unidos de "enzarzar a los africanos en luchas intestinas en el Congo, a la vez que preparan una intervención directa". Pekín, que tiene establecidas en Africa 15 Embajadas (un tercio de su representación diplomática en todo el mundo) no está dispuesto a ceder fácilmente su influencia, consolidada tras la revolución de Zanzíbar. En la revuelta del Congo ha invertido cuantiosas sumas. Willie Akunda, secretario del C. N. L., declaraba el 25 de agosto en Dar Es Salam: "He recibido una formación militar en Argelia, pero la mayoría de mis colegas del C. N. L. han sido formados en China." Estas realidades—y la perspectiva de un apoyo masivo a los insurrectos—motivaron que Tshombe se quejara, en nota dirigida al secretario general de las Naciones Unidas, de la injerencia de Pekín "para mantener un centro permanente de subversión en el suelo congoleño".

El 5 de septiembre se reunía en Addis Abeba la Conferencia de ministros de Asuntos Exteriores de la O. U. A. que debía examinar el problema congolés. A ella concurrió Moise Tshombe—en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores de Leopoldville—, al que ciertos países trataban de situar en el papel de reo, acusado de haber enrolado mercenarios y de recibir ayuda americana. El reproche del empleo de mercenarios quedó anulado cuando el primer ministro congoleño solicitó de la Organización el envío de tropas africanas que le permitiesen prescindir de los servicios de aquellos. "Yo he pedido—añadía—y recibido una ayuda militar muy limitada por parte de algunos Estados amigos, bajo la forma de medios de transporte y de apoyo logístico. Esta ayuda me ha permitido, en cierta medida, hacer frente a mis responsabilidades con el pueblo del Congo."

Para contrarrestar el éxito de Tshombe en la capital etíope, los rebeldes que ocupan Stanleyville anunciaban, el 7 de septiembre, la formación de un "Gobierno de la República Popular del Congo" dirigido por Chris-

tophe Gbenye y con Gaston Sumialot como ministro de Defensa. Al día siguiente, en un comunicado distribuido a los delegados de la Conferencia de la O. U. A.—firmado por D. E. Bocheley, secretario general del C. N. L.—se decía que la situación en el Congo “está gravemente comprometida por la intervención y la agresión directa y armada de los Gobiernos belga y norteamericano”. Indicaba que el pueblo congoleño ha entablado “una lucha abierta contra el Gobierno fantoche del traidor Adula y de los sanguinarios Kasavubu, Tshombe y su pandilla, a fin de quebrantar cualquier intento insidioso de reconquista y cualquier nueva forma de dominación”². El contenido del comunicado fué ampliado, posteriormente, por el propio Bocheley, que, en una conferencia de prensa en Addis Abeba, declaró que el C. N. L. controla las tres cuartas partes del territorio congoleño. Añadió que era lamentable que la O. U. A. no hubiese previsto escuchar a representantes de su organización. Respecto a la posición del C. N. L. por lo que se refiere a un eventual alto el fuego, Bocheley afirmó que no era él quien había roto las hostilidades y que correspondía al Gobierno central, “como provocador”, la iniciativa de dicha medida. Agregó que el C. N. L. era par-

² Cita luego el comunicado los objetivos perseguidos por el Consejo:

- Restauración de la soberanía popular.
- Reconquista de la independencia nacional.
- Restablecimiento de la libertad y de la democracia.
- Instalación de un Gobierno revolucionario nacional y popular.
- Realización de los objetivos de la O. U. A.

«Los imperialistas norteamericanos—prosigue el comunicado—, ávidos de extender su agresión, han intervenido sin demora en el Congo, enviando sin pudor aviones y personal militar y colocando así a África en grave situación».

«Esta agresión belgo-americana es un desafío a la O. U. A., que no debe considerar este acto como un caso aislado, sino como una advertencia para el conjunto de África.»

El comunicado indica que el Consejo desea «una solución negociada del problema congoleño», y pone, entre otras, las siguientes condiciones:

- Dimisión y destitución del jefe del Estado, de las Asambleas y de los Gobiernos provinciales.
- Liberación de todos los prisioneros políticos.
- Retirada inmediata de los mercenarios y técnicos belgas y americanos.
- Organización de una mesa redonda en un país independiente de África, a fin de designar una personalidad encargada de formar un Gobierno de transición, que organizaría elecciones dentro de los seis meses.
- Envío de una comisión de la O. U. A. al Congo.

tidario de una solución negociada y que Gizenga, aunque había sido puesto en libertad, no era realmente libre y dijo que el C. N. L. veía en él "al único sucesor espiritual de Lumumba"³.

La moderación de Tshombe se impuso a estos intentos de sus compatriotas rivales y a la hostilidad de los representantes de algunos países, como Kojo Botsio, ministro de Asuntos Exteriores de Ghana, aferrado a una irreductible oposición a reconocer la legalidad del Gobierno de Leopoldville. Los relatos que han trascendido de las sesiones muestran el encono con que los delegados de Argelia, Mali y Ghana atacaron a Tshombe y la irritación ante sus argumentos. La situación recordaba la fábula de La Fontaine: "Cet animal est très méchant. Quand on l'attaque il se défend". Tras muchas vacilaciones, la O. U. A. adoptaba, el día 10, una resolución de seis puntos pidiendo se detuviera el reclutamiento de mercenarios y que fuesen licenciados los que se hallasen bajo las armas; que se respetase la seguridad de los combatientes que depusieran las armas y que se crease una Comisión de Reconciliación para tratar de restablecer la paz y normalizar las relaciones del Congo con los países vecinos⁴.

* * *

³ Los rebeldes distan mucho de manifestar la homogeneidad indispensable para asumir con éxito las tareas gubernamentales que anhelan. Es bien conocida la irreconciliable oposición entre el secretario del C. N. L., Bocheley, y el presidente de la «República Popular», Gbenye. Este, que actuó de ministro del Interior en el Gobierno de Lumumba y, más tarde, en el disidente de Gizenga y en el de Adula, pasó, luego, a integrarse en el C. N. L., de donde fué desplazado por Bocheley, incondicional de Pekín. Gbenye cuenta, por el contrario, con el apoyo de Sumialot. En el Congo no han cesado los antagonismos que han enfrentado a los dirigentes desde el día de la independencia.

⁴ He aquí seis puntos de la resolución sobre el Congo adoptada por el Consejo de ministros de la O. U. A.:

1. Invita al Gobierno congoleño a detener inmediatamente el reclutamiento de mercenarios de cualquier procedencia, y a licenciar los que se hallan actualmente en el Congo en el más breve plazo, a fin de permitir una solución africana al problema congoleño.

2. Hace constar en acta el compromiso solemne del primer ministro de la República Democrática del Congo de garantizar la seguridad a los combatientes que entreguen las armas, y pide a cuantos luchan detengan el combate, a fin de buscar, con la cooperación de la O. U. A., una solución que permita una reconciliación nacional y el restablecimiento del orden en el Congo.

3. Hace un llamamiento a todos los líderes políticos de la República Democrática

La resolución de la Conferencia de Addis Abeba no ha liquidado el problema congolés. El 15 de septiembre, Jomo Kenyatta, presidente de la Comisión de Reconciliación, lanzaba un llamamiento solicitando el alto el fuego. El mismo día, Gbenye comunicaba que su régimen "está en guerra con los Estados Unidos de América", y, al día siguiente, declaraba que los funcionarios de la O. N. U. "tratan de matar al pueblo congoleño", por lo que no podía garantizar su seguridad. El día 13, el coronel Luis Bidarilas,

del Congo a fin de llegar por todos los medios a la reconciliación nacional y a su consolidación.

4. Decide crear y enviar inmediatamente al Congo-Leopoldville, a Burundi y al Congo-Brazzaville, una comisión *ad hoc* compuesta por Etiopía, Nigeria, Guinea, la R. A. U., Somalia, Ghana, Alto Volta, Túnez, Kenia y Camerún, bajo la presidencia efectiva de Jomo Kenyatta y que tendrá como misión:

a) Apoyar y alentar los esfuerzos del Gobierno de la República Democrática del Congo tendentes a instaurar la reconciliación nacional.

b) Tratar por todos los medios posibles de normalizar las relaciones entre la República Democrática del Congo y sus vecinos, particularmente Burundi y Congo-Brazzaville.

5. Decide lanzar un llamamiento enérgico a todas las potencias que intervienen actualmente en los asuntos internos de la República Democrática del Congo y les pide pongan fin a su injerencia. Los Estados miembros de la O. U. A. son invitados, además, a informar a sus misiones diplomáticas cerca de dichas potencias para apoyar el llamamiento.

6. Pedir a todos los Estados miembros se abstengan de toda acción que pueda agravar la situación en el Congo o empeorar las relaciones de este país con sus vecinos. Esta resolución fué votada anoche por el Consejo de ministros de la O. U. A. por 27 votos y 10 abstenciones.

Por otra parte el Consejo de ministros ha adoptado por unanimidad y a título excepcional una resolución sobre Rhodesia del Sur, que dice así:

El Consejo recomienda:

— Que se ruegue encarecidamente al Reino Unido convoque con urgencia una conferencia constitucional que represente a todos los grupos políticos de Rhodesia del Sur con vistas a la preparación de una nueva constitución democrática que asegure un Gobierno mayoritario elegido por sufragio universal.

— La puesta en libertad inmediata de Josuah Kkomo, del reverendo Abaningi Sithole y de todos los demás prisioneros y detenidos políticos.

— Que los Estados miembros de la O. U. A. mantengan su toma de posición firme contra toda declaración de independencia unilateral de Rhodesia del Sur, proclamada por un Gobierno minoritario europeo y que ratifique su compromiso para acoger, reconocer y apoyar a un Gobierno nacionalista africano en el exilio en tal eventualidad.

jefe de la sección Este del "Congo Liberado", hacía saber, tras los bombardeos de Uvira: "Como medida de represalia he decidido encarcelar a los 28 europeos (belgas e italianos) que circulaban en Uvira. Se trata de seis agentes de las sociedades Cotongo e Irsad, doce presbíteros, nueve religiosos y monseñor Daniel Catarzi, obispo de Uvira." "Estamos agotando—decía—la paciencia y si no cesan estas matanzas debidas a la intervención norteamericana, nos veremos obligados a tomar medidas extremas con esos europeos que guardamos como rehenes. Si no cesan los bombardeos, mataré diariamente un rehén europeo y lo devoraremos."

Estos trágicos disparates, bajo su cómica apariencia, revelan que el Congo dista mucho de resolver sus problemas. El país tiene, con Tshombe, una última oportunidad de mantenerse como Estado libre y soberano. Si fracasa el actual jefe del Gobierno, el Congo caerá en la dominación roja y la consecuencia será que todo el Continente quedará inserto en la órbita comunista.

JULIO COLA ALBERICH.

CRONOLOGIA

